

TRIDUO

SANTA TERESA DE JESUS

I. Humanidad de Cristo

13, X, 2021
CONVENTO DE CARMELITAS DE LA IMAGEN
Alcalá de Henares

Queridas madres del Carmelo, gracias por la invitación a celebrar con ustedes el Triduo de Santa Teresa de Jesús. Su invitación me ha hecho volver al tiempo que precedió y siguió a mi ordenación sacerdotal. No tengo un especial conocimiento de santa Teresa, pero en aquel momento imprimió un cierto sello en mí, mientras leía su *Libro de la vida* y *Camino de perfección*.

Aunque he olvidado muchas cosas, lo que permanece en mí es la sorpresa de su amor por la humanidad de Cristo. Creo que todo se entiende en santa Teresa por este amor a Jesús que la hizo suya, «*de Jesús*», Teresa *de* Jesús. Recuerdo ese amor suyo por la humanidad de Cristo y me parece que sería una gracia enorme para todos nosotros que, al celebrar su fiesta, se encendiese en nuestra alma el mismo amor vivo que en ella encendió Cristo, con sus heridas y sus llagas. Todos recordarán cómo lo cuenta ella:

Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído [...]. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojeme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle¹.

¡Cuántas cosas aprendemos de este solo momento!

Entonces el amor de Dios hirió y marcó para siempre a santa Teresa. La verdad eterna e inmutable que dice «Dios ama al hombre» no llegó hasta ella como una idea, como una afirmación intelectual, sino como un sello que se imponía con fuerza en los sentidos, en la imaginación, en el afecto y también en su inteligencia. ¡Una verdad viva! Más fuerte que un golpe en el pecho, más incisiva que el llanto un hijo, más vivo que el afecto de un padre, fue la impresión de aquel amor llagado. La despertó y la hirió el amor eterno y perfecto de Dios realizado en la humanidad de su Hijo.

La verdad del amor de Dios al hombre puede iluminar nuestra inteligencia; pero, cuando ese amor se realiza en la carne de Cristo, entonces nos toca de otra manera, con un realismo que nos desconcierta y nos fascina. Nos parece que antes vivíamos una ensoñación, no vida verdadera. Y hace que queramos perseguir esa verdad. Ninguna otra verdad puede atraer así nuestra alma. El Antiguo Testamento ya era la afirmación del amor fiel y misericordioso de Dios al hombre, pero Cristo le dio un realismo nunca antes sospechado. Lo enseña Benedicto XVI: «**La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en ideas nuevas, sino en la figura misma de Cristo, que da sangre y carne a los conceptos: un realismo inaudito**»². A Santa Teresa la hirió el realismo inaudito del amor de Cristo.

¹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, IX,1

² BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 12

Cuando Salomón rezaba pidiendo que la Gloria del Dios fuese a habitar al templo construido por él, se preguntaba si tal cosa era posible. ¿Es posible que el Dios eterno e infinito, que no puede ser contenido en el Universo, habite entre nosotros? Hemos escuchado esta pregunta conmovedora hoy, fiesta de la dedicación de nuestra Iglesia Catedral: **«Habitará Dios con los hombres en la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte, ¡cuánto menos este templo que yo he construido!»**. Aún así, el Espíritu de Dios le hacía suspirar: **«Que día y noche tus ojos se hallen abiertos hacia este templo, hacia este lugar del que dijiste: “Allí estará mi Nombre”**». El sabio no podía imaginar que Dios había determinado habitar en medio de su pueblo de una forma tan real, tan viva, con concreta; que Dios, se había determinado a realizar humanamente su amor perfecto en el curso de la vida terrena de su Hijo.

Nuestra vida cristiana, nuestro camino hacia la santidad y hacia Dios, depende todo él de la impresión que en nuestra alma deja el amor del Hijo de Dios hecho hombre. Su amor por nosotros se realiza en su cuerpo y en su voluntad humana, en su corazón de hombre, en cada uno de los pasos de su vida, hasta llegar a la Cruz, donde su amor —como declara san Juan— llegó a su perfección³. Es un amor que se hace bien concreto, en la decisión de subir a Jerusalén, o de ir a Betania para devolver la vida a Lázaro, en las heridas de la flagelación o en la oscuridad que acepta para que anegue su alma humana en Getsemaní. Cada minuto de su vida en carne es una marca indeleble de su amor por cada hombre. **«En las palmas de mis manos te llevo tatuado»** (Is 49,16), había anunciado el Espíritu Santo profético. Y la Eucaristía es la actualización, en nuestro propio camino, de todos los instantes y todas las decisiones, de toda la vida humana del Hijo de Dios, hasta el sacrificio definitivo de la cruz, que su resurrección ha hecho eterno. Pues bien, el camino hacia Dios depende siempre de este punto, de cómo llega a nuestro corazón y lo marca con una herida viva, siempre abierta y palpitante. Si esto no está, no habrá nada. De ahí la necesidad de no apartar los ojos de Él:

No os pido ahora que penséis en Él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le miréis [...] Daos cuenta de que no está aguardando otra cosa, sino que le miremos. Si le quisierais, le hallaréis⁴.

Una segunda cosa aprendemos de este encuentro entre Santa Teresa y *su* Jesús. Su famosa determinación, «determinada determinación», es un efecto *voluntario* a la herida de amor que recibió de Cristo. Es el efecto del amor. El amor es el único que redime, que sana la carne, que da luz a la inteligencia, que recrea y fortalece la voluntad, que imprime vida. Y conforme a ese amor de Cristo, el de santa Teresa no se va a limitar a un sentimiento ardiente, sino que llega a ser un acto libre y voluntario por el que conoce y por el que se deja tomar y hacer por el Amor. Su inteligencia alcanza a conocer al «amigo verdadero», su voluntad se rinde y se entrega en un acto decidido y constante, que luego se despliega y se desarrolla a lo largo de toda la vida en mil acciones concretas.

En una época, la nuestra, en la que el amor se mide por el sentimiento espontáneo, por tanto irreflexivo y no libre, no verdadero acto humano digno de elogio o de reprobación, santa Teresa nos recuerda que el amor, y el amor a Dios, es un acto libre, de todo nuestro yo, que implica el afecto, la inteligencia y la voluntad, que se traduce en la entrega efectiva y concreta de la vida y de la persona. La «determinada determinación» no solo nos asombra; en realidad, nos exige imitarla, porque vemos que

³ «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1)

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, 42 (26) (Códice de Jaén).

es justísimo que el amor se pague con amor, que el amor vivo, real, concreto de la vida humana de Cristo se pague con el amor vivo, real, concreto de nuestra vida entera. Aprendamos con santa Teresa. Su amor está configurado por el amor de Jesús. Ella ama a su esposo aprendiendo de él. Es el amor de Cristo el que la cautiva y la voluntad con la que Cristo ama es la que le enseña la «determinada determinación».

Quiero terminar subrayando este aspecto concreto del amor que Teresa aprende de Jesús. Dios se ha hecho hombre para amarnos en lo concreto. Cada instante, cada palabra, cada decisión de su vida realizan el amor divino en su humanidad, hasta llegar en la cruz a la realización del amor perfecto (Cf.: Jn 13,1). El amor de santa Teresa, que aprende del amor su Esposo, es también concreto y, por eso, su determinada determinación se extiende, sin piedad de sí misma ni de sus queridas hijas, sobre cada momento y cada aspecto de su vida. No hay minuto que no signifique búsqueda de cómo entregarse, ni encuentra nada que pueda reservarse: ni un minuto, ni riqueza alguna. Recuerdo como una conmoción las palabras que en cierta ocasión dirige a sus hijas, a propósito de cómo deben guardarse de las riquezas:

Guárdense de esto, por amor de Dios y por su sangre, se lo pido yo; y con conciencia digo que si quisieran una casa suntuosa, se caiga y las mate a todas. Y con buena conciencia lo digo y lo suplicaré a Dios⁵.

No era una extremista, solo buscaba que el amor fuese tan de verdad y tan concreto, en ella y en sus hijas, como lo son cada una de las heridas del Cristo flagelado; tan concreto ese amor suyo por su Jesús, como lo son cada una de las gotas de la sangre derramada en la pasión, aquella sangre que la Virgen trataría de recoger, aquella sangre toda ella presente en el Sacrificio del Altar. Y si en esta ocasión el amor llega al repudio de las riquezas en el Carmelo, en otros lugares se expresa con la misma contundencia a propósito, por ejemplo, de las banderías y amistades demasiado particulares que hieren la caridad para *con todas* en el convento⁶.

Hoy nos volvemos a Santa Teresa como pobres hijos suyos y le pedimos que nos enseñe a mirar a Cristo y a dejar que su amor dé forma al nuestro. Que Cristo, con su humanidad única e irrepitible, con su amor, con su pasión y su resurrección, reconstruya siempre de nuevo su templo, para que sea digno de Él: la morada de su Iglesia, Una, Santa, Católica, Apostólica; y la morada que somos cada uno de nosotros.

Alabado sea Jesucristo.

Siempre sea alabado

⁵ TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección* 2,8 (Códice de Jaén), En *Obras Completas* (BAC 212, MADRID 1986), 244

⁶ TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección* 11,11 (7,11) (Códice de Jaén), En *Obras Completas* (BAC 212, MADRID 1986), 272: «Mire mucho la priora, ¡por amor de Dios!, en atajar presto esto; y cuando con amor no sea suficiente, con graves castigos [atajando mucho los principios, que ahí está todo el daño o remedio]. Y procure que se vaya a otro monasterio la que introduce el desorden. Echen de sí esta pestilencia; corten como puedan las ramas; y si es suficiente, arránquenlas de raíz. Y si no pueden hacer más que no salga de la cárcel quien estas cosas provoca: mejor eso que pegar a todas su peste. ¡Qué es un gran mal! ¡Dios nos libre de monasterio donde entra! Con certeza prefería yo que entrase un fuego que las abrasase a todas!»

II

Amor audaz

14, X, 2021
CONVENTO DE CARMELITAS DE LA IMAGEN
Alcalá de Henares

Quería empezar hoy, queridas madres y queridos todos, llamando la atención sobre las palabras de Jesús: «**El que tenga sed, que venga a mí. El que crea en mí, que beba**». San Juan nos dice que Jesús gritó estas palabras. No las dijo en un tono normal. Las gritó. Quería llamar la atención de todos. Eso ocurrió en el día más solemne de la fiesta judía *de las tiendas*, también llamada *de los tabernáculos*. Nosotros conocemos mejor la fiesta judía de la Pascua o de Pentecostés, pero la fiesta de las Tiendas nos es más desconocida. Sin embargo, palabras de Jesús como la que hoy escuchamos o aquella otra de «**Yo soy la luz del mundo**» (Jn 8,12), hechos como el de la Transfiguración o la entrada triunfante en Jerusalén, son pasajes que tienen detrás lo que los judíos *celebraban* y *esperaban* con la Fiesta de las Tiendas.

Se trataba de una fiesta de peregrinación, como las otras dos fiestas mencionadas. Peregrinación a Jerusalén, al Templo. La ciudad multiplicaba varias veces el número de sus habitantes y el Templo estaba repleto de judíos venidos de todas partes. En su origen, la fiesta era una acción de gracias a Dios por los frutos recolectados hasta la vendimia, en otoño; al tiempo, se pedía la lluvia para que tras el vecino invierno la tierra volviese a dar sus frutos. En el contexto de la vendimia aparecen las chozas o tiendas que hacían los judíos para esta fiesta. Las adornaban con mirto, con palmas, con olivo, con sauce. Y durante ocho días hacían libaciones de agua implorando la lluvia. El último día, el más solemne, en procesión, imploraban agua, agua que diese vida.

Con el paso del tiempo, las *chozas* o *tiendas* vinieron a expresar también el peregrinar por el desierto hacia la tierra prometida, cuando Israel vivía en tiendas, alrededor de la Tienda del Encuentro, Dios y su pueblo vecinos. Y así, después del exilio en Babilonia, los judíos aprendieron a suspirar por otra tierra, un nuevo paraíso, en el que el hombre habitaría junto a Dios. Las chozas levantadas alrededor del Templo llegaron a significar su peregrinación espiritual hacia este nuevo paraíso, en un tiempo nuevo, en el que el conocimiento de Dios, el amor de Dios, llenase la tierra. Ahí entraba la esperanza del Mesías, como un nuevo David, hijo de David. Un Mesías Rey-Pastor que condujese al Pueblo de Dios hasta el Paraíso. Un Mesías-profeta, como Moisés y Elías, que llenase la tierra del conocimiento de Dios. Un Mesías-sacerdote que reconciliase definitivamente al hombre con Dios, anulando la espada de fuego, el límite del pecado y de la muerte que separa al hombre del Creador. Y se imaginaban el nuevo Paraíso con las imágenes del que perdieron Adán y Eva. Imaginaban una gran fuente de aguas medicinales, aguas de vida. Así, la fiesta de las Tiendas se convirtió en una fiesta en la que se esperaba al Mesías, Rey, profeta, sacerdote, y todos los dones sobrenaturales y escatológicos que traería. Y las chozas, las palmas y los ramos, el agua, se identificaron con la espera del Mesías.

Teniendo todo esto a la vista, no hay más que imaginarse a Jesús, en medio de los judíos en fiesta. Ellos daban gracias a Dios por los frutos, imploraban agua para las nuevas cosechas, recordaban su historia milenaria y pedían a Dios que les enviase al Mesías Rey que les trajese su definitivo Reino.

Entonces, en medio de ellos, la voz de Jesús se alza con aquel grito: «**¡Si alguno tiene sed, que venga a mí; y beba quien crea en mí. Como dice la Escritura, de sus entrañas brotarán ríos de agua viva**».

El grito de Jesús tuvo que ser como un cuchillo que penetró en el alma de los judíos para descubrir lo que había en sus corazones y separar a aquellos que realmente esperaban al Mesías, prontos a dar fe a Dios, de aquellos cuyos ojos interiores, cerrados a la luz, no podían y no querían ver. La vida y la persona de Jesús es siempre eso, lo fue para los judíos de su tiempo y lo es para los hombres de esta generación. Con palabras del anciano Simeón: «**Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten. Será un signo de contradicción [...] para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones**» (Lc 2,34). Ningún judío en su sano juicio se habría atrevido a lanzar un grito como ese en Jerusalén, en medio de la multitud que celebraba la Fiesta de las Tiendas. Era realmente audaz, pero lo realmente audaz fue el amor que le movió a buscar así el corazón libre del hombre creado a su imagen. Una libertad que llamaba a otra: la libertad total de Dios, Omnipotente, llamando a la libertad frágil del hombre. El amor perfecto de Dios buscando el pobre amor del hombre.

Ahora llego al punto de Santa Teresa. Ella escuchó este grito al descubrir a Jesús no como una idea, ni como una doctrina de solo libros, ni como una verdad del pasado, sino como alguien tan real, tan vivo, tan presente a ella como lo estuvo Jesús para todos aquellos que lo escucharon gritar en la explanada del Templo. Su corazón quedó al descubierto y el deseo de Dios, que ya de niña la había hecho desear el martirio, la lanzó hacia aquel que la amaba. «**El amor saca amor**», decía. Sí, es verdad, pero lo que nos enseña ella, ante la audacia del amor de Cristo, ante su grito — «**Quien tenga sed, que venga a mí y beba**» —, es a correr también con audacia. Teresa no se entretuvo considerando sus debilidades o sus faltas, decidió amar hasta el final a quien tanto la había amado. Y si se turbaba profundamente al considerar lo indigna que era de ese amor, eso no la hacía sino decidirse a amar más. Ella se decidió a hacer lo que la mayoría de los cristianos, laicos o eclesiásticos, religiosos o no, creen que no pueden hacer: amar a Dios de verdad y ser santos.

En su época se fraguaba una gran mentira: que el hombre no podía nada ante Dios; que no podía pensarlo, que no podía obrar justamente, que no podía avanzar con sus obras en el camino de la salvación... Era la idea de Lutero. En el fondo, que el diálogo de amor entre Dios y el hombre era imposible. Hablaban de una gracia de Dios que redimía al hombre sin que realmente el hombre pudiese llegar a responder al amor de Dios con su propio amor; hablaban de una gracia incapaz de mover la fe, el amor y la esperanza del hombre hasta hacerlo digno del amor de Dios. Y así se negaba el destino para el que Dios creó al hombre: hacerlo partícipe del diálogo eterno de su amor trinitario. Teresa, aunque decía que no sabía qué hacer para ayudar a la Iglesia en su lucha contra la herejía, hizo lo realmente importante. Con su vida entera, hasta morir exhausta en el camino de sus casas, quiso responder al grito de Jesús con su propio grito de mujer enamorada: «Sí, Señor, creo en ti y te amo y quiero beber el agua de tu espíritu y apagar con mi amor tu sed». Tuvo la audacia de ser santa, de amar hasta el final a su Jesús, a su Dios y a la Iglesia. Todos recuerdan aquellas palabras suyas, moribunda en Alba de Tormes: «**Muero hija de la Iglesia**». Pero también dijo a su Jesús: «**Ya es hora, Esposo mío, de que nos veamos**». La audacia del amor de Teresa nos mostró que el amor con amor se paga y que el hombre, por el designio creador de Dios y por la gracia redentora de Cristo, puede elevarse por encima de sí mismo para amar y ser santo y agradar y hacer las delicias de Dios. Teresa mostró a todos la verdadera

grandeza del hombre y llenó España de pobres y pequeñas casas para gritar desde ellas no solo el amor de Dios, sino también el amor a Dios.

Tened gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea enseguida, podremos llegar a lo que muchos santos llegaron con su favor. Que tampoco ellos habrían subido tan alto si no se hubieran determinado a desearlo y, poco a poco, ponerlo por obra⁷.

Hoy hay muchas cosas que acallan en cada uno de nosotros el grito de Cristo y el deseo que interiormente nos mueve a responderle. Primero, la idea de que el hombre es solo un trozo de carne, solo materia, que no puede aspirar más que a gozar el breve tiempo de su vida con sus sentidos y su sensibilidad. Esta idea del hombre ateo moderno, ateo o indiferente, es hija de aquella otra de Lutero de la que ya he hablado. Entiendo que simplifiqué muchas cosas por brevedad. Y luego, entre nosotros, cristianos católicos, la idea de que las cosas están tan mal en el mundo y en la propia Iglesia Católica, que poco podemos hacer. Es mentira. Nadie puede privarnos de hacer lo único que importa. Nadie puede privarnos de escuchar la voz nítida y viva de Cristo: **«Quien tenga sed, venga a mí»**. Y nadie puede arrancarnos el don que Dios nos dio al crearnos, el de la libertad, que es una capacidad natural para amar, capacidad que es elevada por el amor y la gracia de Cristo y que nos hace verdaderos interlocutores suyos. No somos meros receptores pasivos de unos dones que no puedan elevarnos, transformarnos y santificarnos. No, somos libres y la gracia de Dios nos capacita para llegar a ser verdaderos interlocutores de Dios, capaces de amarlo de veras, como Él nos ama. Sí: **«Sed perfectos, porque vuestro Padre del cielo es perfecto»**. Es mentira que no podamos hacer nada por nosotros mismos y por la Iglesia. Podemos hacer lo único que importa: dar fe a las palabras de nuestro Salvador y responderle a Él: «Yo. Yo quiero tu agua, el agua de tu amor y de tu gracia, que me purifique y me recree hasta poder amarte como tú me amas».

No olvidemos el amor audaz de Sta. Teresa. Ojalá en la Iglesia surjan por todas partes hombres, varones y mujeres, que se decidan a amar así, con su misma audacia. Ojalá no nos conformemos con aplaudir o alabar a santa Teresa. Ojalá en esta casa, en esta ciudad, en mi casa, en mí mismo, vuelva a escucharse la voz nítida y penetrante de Cristo y también nuestra voz se levante audaz hacia él para decirle: «Yo. Yo quiero esa agua tuya».

«He venido a prender fuego en el mundo. ¡Y ojalá el mundo estuviera ya ardiendo!» (Lc 3,15-16)

Alabado sea Jesucristo.

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.

⁷ STA. TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* 12,2. En *Obras Completas* (BAC 212, MADRID 1986), 78